

Escribir sobre la fuga, inesperada o anunciada, no importa, de alguien a quien has querido es una de las tareas más ingratas que imaginarse pueda. No sé ni siquiera si es obligado o conveniente hacerlo. Supongo que sí. Por esto lo hago. Y, entonces, nos devora el maelstrom, ese humano sentimiento derivado de una analogía geológica: irrupción de un torbellino incontenible, semejante al que se produce allá en Noruega, al borde de las islas Lofoten —y que le brindaron ocasión para lucirse a Poe—. Son los recuerdos, esas *cosas* imprudentes que nunca sabremos si es conveniente empolvarlas o conservarlas en formol. Recuerdos...

No tiene mucho sentido sumergirse más de lo debido. No, no tiene sentido.

Pero recuerdo aquellos lejanos años de la década de los 80 cuando se comenzaba a respirar en esta nuestra cansada patria. Recuerdo ahora que comenzaban a crearse ámbitos de libertad inimaginable hacía poco tiempo. Uno de los territorios más prodigiosamente defendidos, marcados, fue el del

feminismo activo, militante, heroico —diría—, considerando el horizonte incansablemente machista de nuestros compatriotas. Por entonces, recuerdo, se había abierto una librería de Mujeres en Barcelona. Librerie de les Dones... Aquí, en Zaragoza, se fundó La Librería de Mujeres, situada primero en Maestro Marquina y, más tarde, en San Juan de la Cruz. Pilar Laínez y Toñi Olaberri fueron sus animadoras, facilitando un lugar de encuentro de características muy peculiares. Un espacio donde no había palabra prohibida, creo recordar, un museo de peculiaridades y susurros. Ni que decir tiene, y por eso estoy aquí, que visitaba todos los días la Librería de Mujeres. Ha desaparecido... Hace años.

¿Pero qué hace un *tipo* hablando de la Librería de Mujeres? Parece una intromisión.

Bueno, recuerdo que muchos aprendimos de la actividad desarrollada en la Librería de Mujeres, y de quienes se esforzaban en publicar la revista del Frente Feminista de Zaragoza. También de otras cosas paralelas, de charlas alargadas, de

cariños escondidos y suaves...

Toñi Olaberri era un alma en la Librería. Era un alma apacible y cariñosa. Recuerdo... Recuerdo ahora su benevolencia hacia los que éramos demasiado pesados, la constancia con que recomendaba *la* literatura, los libros a los que amaba irremediable y entusiastamente. Recuerdo, sobre todo, su alegría desolada cuando tuvo que afrontar circunstancias adversas. Sobre todo, su optimismo contagioso que a mí —más dado a los barrancos y turbiedades goyescas— me desarmaba. Recuerdo aquellas manos agitadas en el aire cuando quería explicar o convencernos de algo. Recuerdo su animadversión a la queja y aquel gesto, encogimiento de hombros, como queriendo indicar que lo que nos ocurre es merecido o casual, pero que es preciso afrontarlo con orgullo.

Recuerdo...

Y, ahora, todavía hay nieve en las montañas y sopla el cierzo. Y, ahora, estamos un poco más solos.